

La caja de los besos

Paco Ariza

Desde hacía años había previsto aquel día, lo había imaginado de diferentes maneras, al principio como algo inalcanzable, con el paso de los años como algo cercano y recientemente, fruto del desánimo, lo había visto alejarse hasta el infinito, pero cuando la ilusión estaba perdida se hizo realidad.

Se preparó a conciencia para ese día, preguntó a los amigos que ya lo habían vivido, dudó entre camisa y chaqueta o sueter y vaquero. Sabía que la primera impresión es a veces determinante.

Llegó al centro, el día acompañaba, el verano perdiendo intensidad aún reclamaba sus fechas naturales, al mediodía haría calor y le sobraría la chaqueta.

Sus desconocidos compañeros le recibieron con cortesía e incluso amabilidad aunque descubrió ciertas actitudes maternas, en miradas, comentarios, sonrisas y gestos. Aquello lo descolocó pues percibió amargura, desánimo y rutina, aquel claustro le recordó el de sus propios profesores, podría descubrir parecidos y establecer paralelismos. Eran encantadores aunque se notaban los estragos del ejercicio de la profesión.

Con la advertencia de algún compañero con experiencia, *“a los nuevos siempre les dejan lo peor”, “en cuanto te descuidas te la clavan”*, comenzó el claustro. Él pensó que estaban resabiados, que con su especialidad de Educación Física necesariamente tendría un horario relacionado... Tras la propuesta del jefe de estudios sintió que su cuerpo se hundía en su silla, preguntó porque entendía que todo debía ser un error. La respuesta no dejaba dudas, *“sí, has sido adscrito a Educación Infantil como tutor”*. A su lado un compañero le sugirió que *“fuera a los sindicatos”*. Él, que estaba afiliado por tradición familiar, le aseguró que recurriría a ellos. Desde luego, sería lo mejor.

En el sindicato le dieron la razón, le harían la reclamación, acudirían a la Inspección, lo sacarían en la prensa. Le dijeron que el comienzo de curso estaba resultando caótico, faltaban plazas, había cientos de comisiones de servicio y otras cuestiones de jerga sindical que no entendió pero que asumió.

Con su reclamación por delante llegó al centro seguro de la razón y sintiendo el respaldo de la fuerza. Animado por algunos compañeros, se dirigió en busca del jefe de estudios. Éste, omitiendo la lectura de la reclamación, justificó la adjudicación: el director solicitó un cambio de perfil en Junio, la Inspección la concedió, mostró el escrito, y el claustro, oídas las razones pedagógicas, lo había aceptado, le enseñó el acta que así lo reflejaba.

Dicho esto, esbozando una pícara sonrisa, le recordó que debía completar horario con la tutoría de 4º, por lo que tendría que hablar con la tutora para coordinar sus programaciones, le notificó, además, que se había producido una reclamación a su plaza, que lo habían llamado de Personal... Intentaría resolverlo y que pudiera quedarse, él también era del sindicato.

Preocupado entró en clase; la tutora anterior, una mujer encantadora, le esperaba para traspasarle la clase, facilitarle programaciones, informarle sobre los grupos y niveles y descubrirle los materiales y recursos didácticos existentes. Conversaron y ella se preocupó por las gestiones que había realizado a fin de resolver su problema y tras conocer el punto en que éste se encontraba le aconsejó cambiar de sindicato, tal vez Comisiones, sugirió.

Se despidió comentándole las triquiñuelas para convivir en el centro, especialmente le insistió en que cuidase la caja de los besos. Sorprendido manifestó su desconocimiento por aquello que le contaba. *“...Los alumnos/as cuando llegan depositan un beso, si la jornada les ha resultado agradable al marcharse añaden otro, si no retiran el primero. Es fundamental tenerla llena”*. Incrédulo, al abrirla más tarde descubrió con asombro que estaba a rebosar.